

CUADERNOS DE HISTORIA 40

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS

UNIVERSIDAD DE CHILE JUNIO 2014: 147 - 172



LA CUESTIÓN DEL MOVIMIENTO POPULAR: LO POLÍTICO Y LO SOCIAL EN LA HISTORIA MARXISTA CLÁSICA CHILENA. 1950-1973

*Francisco Díaz González**

RESUMEN: El artículo revisa y analiza el modo como los historiadores chilenos de la historia marxista clásica, entre 1950 y 1973, definieron y relacionaron las categorías de *lo político* y *lo social*, e inscribieron su matriz conceptual entre la tradición liberal y marxista para tematizar la cuestión del *movimiento popular*.

PALABRAS CLAVE: lo político, lo social, lo popular, movimiento popular.

*THE QUESTION OF THE POPULAR MOVEMENT:
THE POLITICAL AND THE SOCIAL IN THE CLASSICAL CHILEAN
MARXIST HISTORY. 1950-1973*

ABSTRACT: The article reviews and analyses the way the Chilean historians of classical Marxist tradition, between 1950 and 1973, defined and related the categories of the political and the social, and inscribed their conceptual matrix between the liberal and the Marxist tradition to thematize the question of the popular movement.

KEY WORDS: the political, the social, the popular, the popular movement.

Recibido: junio 2013

Aceptado: mayo 2014

* Licenciado en Historia, Universidad de Chile. Correo electrónico: franciscodiazg@gmail.com

Introducción

Pareciera existir un consenso en afirmar que la historiografía marxista clásica se caracterizó por operar bajo una lógica determinista o mecanicista. Se ha dicho que tendió a considerar el aspecto superestructural como mero epifenómeno de la base económica, o bien, por sostener que la evolución de la conciencia política podía ser explicada en relación con la sola consideración de la evolución de lo económico-social, pues, como expresaba Karl Marx en el Prefacio a su *Contribución a la crítica de la economía política* (1859):

El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia¹.

La lectura antitética de esta fórmula estructuró equivocadamente gran parte de la historiografía de la primera mitad del siglo XX. El supuesto dilema que ofrecía se creyó que podía resolverse eligiendo entre otorgar prioridad o al ‘ser social’ de una realidad histórica, o, en cambio, a su ‘conciencia’. En el primer caso, el historiador pondría su foco sobre los aspectos económicos y productivos de la realidad, y en el segundo caso, sobre los aspectos políticos, jurídicos, institucionales o culturales. Se trataba entonces de aquella lectura reduccionista de la distinción entre *base* y *superestructura*:

[e]n la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social².

La lectura de esta distinción fue notoria, por ejemplo, en el prólogo que Guillermo Feliú le hiciera en 1952 al *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico-social de Chile* de Julio César Jobet. Afirmó en primer lugar que este autor en su obra había empleado “un nuevo método o concepción”, el cual derivaba de la

¹ Marx, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 2001, p. 5.

² *Ibid.*, p. 4.

constatación de una “contradicción” entre, por un lado, la positiva “evolución histórica de Chile” que los historiadores conservadores y liberales habían establecido en “lo político” y, por el otro, “las tremendas injusticias, miserias y expoliaciones [que] agobian al pueblo”. Así, este historiador para comprender esta contradicción “se remonta al análisis de todo el proceso histórico, guiado por el método del materialismo histórico”, para “desentrañar los cambios económicos y las transformaciones sociales que experimentó el país, mucho antes que las luchas políticas de simple superficie, *reflejos* de aquellos cambios estructurales”³. Jobet pudo haberlo comprendido desde una perspectiva similar, al plantear en el prefacio de esta misma obra, que su trabajo pretendía “entregar una visión panorámica del proceso nacional en una síntesis histórica y sociológica” para “super[ar] la crónica predominantemente política”, y, de este modo

reparar el desconocimiento de la existencia del pueblo; de su lucha constante por mejorar; de su aporte decisivo al progreso del país, y presentar sus reales condiciones de trabajo y de vida, porque los historiadores chilenos, casi sin excepción, han pertenecido a la clase dominante, reduciendo la historia del país a los hechos de la clase pudiente, a las luchas de sus hombres más representativos, que se dividen en círculos rivales, separados por motivos exclusivamente personales o de familia. Las clases oprimidas, el pueblo, no han tenido sus propios historiadores y la historia de Chile ha sido asimilada, por lo común, a la de su clase pudiente, o clase superior como se autodenomina, y al análisis de sus leyes, siempre divorciadas de la existencia práctica del pueblo⁴.

Como fuera, esta distinción asumía que, en primer lugar, *lo político* era aquello correspondiente a *la política* institucional practicada dentro de la lógica de un Estado liberal y burgués en sus diferentes modalidades desde 1833 en adelante. Y en segundo lugar, asumió que *lo social* o, como es planteado por Jobet, “lo económico-social” correspondía a aquel aspecto de la realidad histórica que la historiografía tradicional (liberal y conservadora), en su vocación por registrar *la política* institucional elitaria, no tuvo por objeto estudiar, es decir, las condiciones sociales de “las clases oprimidas, el pueblo”. Así, el estudio de estos sectores, nunca antes considerados por la historiografía, fue aquello a lo que refirió el estudio de “lo económico-social”.

³ Jobet, Julio C., *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico-social de Chile*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1951, p. VIII. *Cursivas mías*.

⁴ *Ibid.*, p. 5.

Reducción liberal de lo político y lo social

Esta forma de entenderlo no tuvo su origen en la historiografía de izquierda de mediados de siglo XX ni menos en la obra particular de Jobet. Se puede registrar su *uso* mucho antes, para fines del siglo XIX, cuando los intelectuales de la elite comenzaron a plantear la necesidad de responder a la llamada “cuestión social”, cuyo fenómeno moderno emergió en Chile hacia 1860 en relación con la paulatina introducción del sistema capitalista⁵, y que no significó otra cosa que dar respuesta a los modos como los sectores populares, ante la relevancia política que adquirió el agravamiento de las condiciones sociales en las que vivían, se comenzaron a organizar y removieron las prioridades políticas de *la* política liberal en la que se desenvolvía la elite.

En efecto, Jobet, según Jorge Rojas, “recibió la influencia crítica que aportó la historiografía liberal de los años 30 y 40 [como Luis Galdames o Guillermo Feliú], más sensibles a las temáticas sociales y lejana de la herencia más elitista de la escuela conservadora”⁶. De modo que probablemente en esta obra se ve reproducida parcialmente esta comprensión según la cual *lo* político está contenido completamente en el Estado (liberal) con todas sus instituciones históricas, mientras que *lo* social hace referencia a *la sociedad* en abstracto –dentro de la cual Jobet enfatiza las clases populares– cuya naturaleza busca evitar que “lo político-estatal” la subsuma. Se trató, en otras palabras, de lo que más tarde se traduciría como la distinción de *Estado y Sociedad Civil*⁷.

Esta distinción responde a una matriz conceptual perteneciente a la tradición liberal de pensamiento. Esta asume que *lo político*, que no se distingue de *la política*, está representado en el Estado, configurado por la ideología, y expresado a través de los partidos políticos. Mientras que *lo social*, está representado en la sociedad, configurado por la cultura, y se expresa a través de organizaciones

⁵ Grez, Sergio, *La “cuestión social” en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, (Compilación y estudio crítico), Santiago, Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995. Versión digital revisada en: <http://www.archivochile.com>, (Suecia, 2005), p. 4.

⁶ Rojas, Jorge, “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, *Revista de Economía y Trabajo*, N°10, PET, Santiago, 2000, p. 51.

⁷ Sobre esta distinción véase, entre otros, Wood, Ellen, *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 2000; Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría de la política*, Madrid, FCE, 1989; Habermas, Jürgen, “Tres modelos de democracia. Sobre el concepto de una política deliberativa”, *Polis*, Vol. 4, N°10, 2005; Rawls, John y Habermas, Jürgen, *Debate sobre el liberalismo político*, Madrid, Paidós, 1998.

y movimientos sociales. Es decir, ambas instancias se aíslan y se establece como improcedente el hecho, por ejemplo, de que la organización “desde” la sociedad pueda estar marcada por la ideología, y por tanto, sea asumida como una expresión política. Se asume, en consecuencia, que lo político solo se desenvuelve en el espacio estatal-institucional, y que son los partidos políticos los únicos actores susceptibles de ideologización. Fuera del espacio estatal, ya no hay ideología, sino cultura; no hay acción política, sino acción “social”⁸.

Esta perspectiva ha sido también criticada por historiadores como Sergio Grez T., quien en referencia a la obra de Gabriel Salazar plantea un rechazo teórico a “*la dicotomía maniquea de lo social versus lo político* (o la política), así como la tentación de buscar refugio en el terreno supuestamente inmaculado de lo social popular”⁹. Este autor acusa aquella dicotomía de origen liberal entre lo político y lo social, como dos ámbitos autónomos, y, por el contrario, considera que es necesario que la historia social asista al encuentro con su dimensión política, y que se encargue de “descubrir las *condicionantes* de la política por lo social y, a la vez, desentrañar las influencias de la política sobre lo social”¹⁰. Por lo anterior, la historia debe pretender dar cuenta “de la relación compleja y dinámica entre lo político (y la política) y lo social, considerando no sólo los “desencuentros” entre la política y lo social que son frecuentes en el mundo popular, sino también, y muy especialmente, las relaciones entre lo social y la política”¹¹. Precisamente por esto es que cree inviable conservar la concepción liberal de lo político y lo social, pues:

La política no queda entonces relegada al “tiempo corto” ni a la lucha de partidos, sino a la larga gestación de cultura política de los trabajadores, producto no tanto de las ideologías aportadas “desde afuera” por las vanguardias, sino de las *experiencias* de los actores sociales¹².

⁸ Sobre esta formulación de la concepción de la tradición liberal de lo político y lo social, véase, Díaz González, Francisco, *El concepto de movimiento popular. Revisión de la historiografía (1950-2013) y una proposición conceptual*, Tesis de pregrado, Universidad de Chile, 2013. Véase también, Thielemann, Luis, “Lo social, lo político y la política en la historiografía: Hipótesis teórica y elementos para el debate”, Ponencia presentada en Seminario de Historia Política Contemporánea, Centro de Investigación y Documentación de Chile Contemporáneo, Escuela de Historia, Universidad Finis Terrae, Santiago, 2013.

⁹ Grez T., Sergio, “Escribir la historia de los sectores populares, ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social”, *Política*, Volumen 44, otoño 2005, p. 25.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Ídem.

¹² *Ibid.*, p. 27.

Así, desde una perspectiva no liberal, y respecto a la historia de los sectores populares, lo político

se relaciona estrechamente con lo social (y lo económico) ya que los cambios en la adscripción política de los sectores populares aparecen vinculados a las mutaciones económicas (desarrollo del capitalismo y de la industria), a la llegada de las ideologías de redención social (socialismo y anarquismo) y a la acumulación de *experiencias* sociales y políticas del mundo popular¹³.

Por tanto, su propuesta de hacer ‘historia social con la política incluida’ pretende “buscar los nexos entre la estructura y la cultura para tratar de comprender la naturaleza de los actores sociales en términos de procesos de larga duración de acumulación de experiencias y construcción de tradiciones”¹⁴. De ahí que la suya se trate “de una historia desde abajo y desde arriba”, para lo cual cree necesario “superar la dicotomía de *lo social versus lo político*” y así “poder aprehender de manera más nítida la formación de los sujetos histórico populares”. Finalmente, y reforzando su distancia hacia una concepción liberal, concluye:

La política no es sólo ni principalmente el terreno contaminado por las influencias de la elite y del Estado; la política es por antonomasia un campo privilegiado de decantación y defensa de los intereses de las clases y grupos sociales¹⁵.

El uso conceptual reduccionista de la tradición liberal ha marcado gran parte de la reflexión y el quehacer historiográfico hasta la actualidad. La innovación particular de Jobet, en su pretensión de superar la historiografía tradicional, cargó con un entrapamiento al conservar en parte la herencia (decimonónica) de distinciones propiamente liberales, reduciendo *lo político* a *la política* liberal (elitaria), y *lo social* a la realidad de los sectores populares, cuando en realidad tanto ‘la política’ como ‘los sectores populares’ no eran sino la *forma histórica* que había asumido desde el nacimiento de la República lo político y lo social. Por tanto, aquí la crítica apunta no precisamente al ‘economicismo’ que se les suele imputar a los historiadores marxistas, pues, para la comprensión restrictiva de Jobet lo político perdió relevancia historiográfica no a causa de encontrarse determinado por lo económico-social, sino más bien porque asumía un papel secundario en tanto refería a *la política* institucional de una elite liberal que desde el Estado creaba leyes “divorciadas” de la realidad del pueblo.

¹³ Ídem.

¹⁴ Ídem.

¹⁵ *Ibid.*, p. 28.

Sin embargo, la evolución de su obra da cuenta de que esta visión liberal reduccionista de lo político podía explicarse por las propias circunstancias históricas del desenvolvimiento de la política en Chile. Pues en el Estado liberal desde su construcción en las primeras décadas del siglo XIX hasta comienzos del XX, efectivamente existió esa identidad entre lo político y la política elitaria en su versión local tanto liberal como conservadora. Solo la elite pudo hacer política efectiva, en tanto se hallaba políticamente asociada y ejercía una hegemonía cultural con la cual le era posible apropiarse del poder constituyente, de la soberanía nacional y del carácter elitario del Estado. Pero a medida que, por un lado, desde la segunda mitad del siglo XIX se fueron desarrollando movimientos sociales populares como el movimiento obrero, y, por el otro, para principios del siglo XX se fueron introduciendo en aquella política liberal representantes de los mismos sectores populares, tal identidad –de lo político con la política liberal– se fue lentamente disolviendo hasta mediados de la década del 60, para cuando la fuerza del movimiento popular amenazaba incluso con hacerla desaparecer. Pese a esto, para el contexto de Jobet de mediados de siglo, aquella identidad liberal heredada seguía teniendo fuerza y sentido, por lo cual se vuelve comprensible que de un modo u otro este autor la conservara parcialmente en su obra. Pero su recepción fue efectivamente parcial y decreciente, pues al tiempo que pretendió hacer la ‘historia y sociología’ de los sectores populares, es decir, estudiar “lo social”, también comenzó a registrar –según se desarrollaba el movimiento popular de fines de la década del 50– aquel proceso mediante el cual estos sectores fueron adquiriendo conciencia de clase y se fueron organizando políticamente en base a organizaciones y partidos ‘populares’, como, por ejemplo, el Partido Socialista fundado en 1933 –en el cual él militaba–, debido a lo cual fue perdiendo sentido la afirmación de que la historia que realizaba no era política, sino social por ser popular.

En la línea de lo anterior, este autor más adelante fue desarrollando una distancia ya no solo hacia *la* política liberal, sino también ahora hacia *la* política estatista de impronta soviética. Por lo cual gran parte de su obra la dedicó a asumir una posición crítica hacia el Partido Comunista de Chile, y hacia lo que de comunista pudiese haber habido en el Partido Socialista. Consideró que aquel partido vivía “desligado de nuestra realidad objetiva, sirviendo fielmente las orientaciones de la III Internacional”. Debido a lo cual se caracterizaba por su insistencia en “trasladar conceptos, juicios y fórmulas hechas para realidades y mentalidades distintas”. Así, en función de su “más absoluta subordinación a los dictados del gobierno soviético, [...] sacrifica

todos los intereses de las masas trabajadoras”¹⁶. En cambio, sostenía Jobet, el “socialismo democrático y revolucionario” –el que asumía debía practicar el Partido Socialista– adhería a un marxismo que evitaba caer en los dos peligros del movimiento revolucionario: “el sectarismo esterilizador y el oportunismo corruptor”. De modo que era necesario

estudiarlo a fondo, sin actitudes preconcebidas de adoración fanática o de aceptación estática, y, al mismo tiempo, reconoce[r] la urgencia de enriquecerlo y ensancharlo, infundiéndole constante vida acogiendo en su seno todas las nuevas realidades y avances y así impedir que se transforme en un credo momificado y dogmático; utilizarlo para escudriñar la existencia diaria, nacional e internacional, examinando y clasificando los nuevos hechos y confrontando la teoría con ellos¹⁷.

Al margen de su orientación militante, esta cita permite reconocer que, al menos en su caso, existió una actitud bastante menos dogmática y menos “ceñida al marxismo internacional” de lo que se le ha criticado a la historiografía marxista clásica en general. Así, en esta misma línea, afirmó que “por su carácter científico” el marxismo era “un pensamiento unificador y sintético, [...] que presentándose como un conocimiento racional del mundo [...] sin cesar, se profundiza y se supera”. Su valor esencial era el de “expresar las contradicciones y los problemas de la sociedad contemporánea y en dar las soluciones racionales a esos grandes problemas”¹⁸. La vertiente teórica y doctrinal del Partido Socialista era el marxismo “aceptado como un método de orientación social, de conocimiento real y de acción revolucionaria”, por lo cual “rechaza su interpretación reformista por negarle su sentido revolucionario y creador; y rebate su interpretación autoritaria y dictatorial, por desnaturalizar su contenido libertario y democrático”¹⁹. Por esta razón –argumentó– no era posible negar que desde 1917 “el movimiento popular se encuentra escindido en dos campos: el socialista y el comunista”, pues existían serias divergencias teóricas y políticas con “el movimiento político comunista, dueño del poder en la URSS y en varios otros países de Europa y Asia”²⁰, lo cual se ha constituido en un “sistema de despotismo burocrático, expresión y superestructura de las

¹⁶ Jobet, 1951, op. cit., p. 170.

¹⁷ Jobet, Julio C., *Los fundamentos del marxismo*, Santiago, Ed. Prensa Latinoamericana, 1971, p. 17.

¹⁸ *Ibid.*, p. 20.

¹⁹ Jobet, Julio C., *El socialismo chileno a través de sus congresos*, Santiago, Ed. Prensa Latinoamericana, 1965, p. 6.

²⁰ Jobet, 1971, op. cit., pp. 28-29.

relaciones sociales propias del capitalismo de Estado”²¹. Según una “política marxista” la verdadera revolución socialista era aquella que

evita que la primera propiedad socialista, en forma estatal, se transforme en propiedad exclusivamente estatal, porque desde ese instante el Estado se convierte en potencia autónoma por encima de la nueva sociedad. Y provocado tal hecho desaparecen la democracia y la libertad proletarias. La revolución será socialista, entonces, en la medida en que haga efectiva la socialización de los medios de producción y su administración por los trabajadores mismos, a través de los sindicatos, consejos obreros, comités populares, y descentralice las funciones administrativas por medio de organismos de base, como son las comunas, los comités de ciudadanos, los municipios²².

Julio César Jobet, dado el entrapamiento entre *la* política liberal y *la* política comunista, creyó necesario establecer una política auténticamente marxista que *superara* a las dos anteriores, cuestión que, según su postura militante, era naturalmente su partido quien mejor podía materializar. Este partido había nacido “como un partido profundamente chileno, enraizado en su rica tradición popular revolucionaria, y como culminación de un largo proceso de luchas ardorosas de las clases laboriosas por forjar un instrumento de sus intereses y de sus necesidades”²³. Por su carácter “chileno”, consideró la interpretación leninista “superada ya por el dinamismo de la sociedad contemporánea”, por lo cual la ideología del Partido Socialista no era “marxista-leninista” sino “marxista a secas”, pues enfatizaba “el ineludible proceso de rectificación y de enriquecimiento de su conjunto doctrinal”²⁴. Independiente de cómo años después se desarrollara la historia de este partido, esta posición se enfrentó directa e indirectamente a la posición de Hernán Ramírez Necochea, en tanto historiador y militante del Partido Comunista. La prevención ideológica de Jobet de evitar deformaciones dogmáticas (como el internacionalismo) en el área de la práctica política implicó también una prevención teórica cuyo propósito sirvió igualmente para evitar limitaciones dogmáticas (como el mecanicismo) en el ámbito del quehacer historiográfico.

²¹ *Ibíd.*, p. 145-146.

²² *Ibíd.*, p. 145.

²³ Jobet, Julio C., “Notas sobre las concepciones marxistas del Partido Socialista”, *Revista Arauco* N° 68, Santiago, septiembre de 1965, p. 53.

²⁴ *Ibíd.*, p. 46.

Subsunción mecanicista de lo político en lo social

Efectivamente, una de las principales limitaciones de esta historiografía fue el mecanicismo con que operó y que se expresó en un excesivo economicismo. Esto –plantea Pablo Artaza– la limitó a sostener que la “explicación de los comportamientos arrancaba casi solamente de las condiciones generadas por las estructuras económicas”²⁵. Esta crítica no apunta al relevo en el foco de estudio desde lo elitario a lo popular (como pudo ocurrir en Jobet), sino más bien apunta al determinismo de lo económico-social sobre lo político, que fue particularmente visible en la obra de Hernán Ramírez Necochea. Así, en la introducción de su *Historia del movimiento obrero en Chile*, de 1956, este autor estableció que el proletariado era, hacia mediados del siglo XX, “una clase en ascenso que crece y se fortalece en la misma medida en que la parte más progresiva de la economía crece y se fortalece”, por esto era en Chile y en el mundo “la clase a la que pertenece el porvenir”²⁶. Asimismo, en otro texto, respecto a las causas de la guerra civil de 1891 en Chile, este autor estableció que “no puede ser considerada como un conflicto provocado por situaciones de orden puramente político”, pues, afirma:

los fenómenos de esta índole, por muy trascendentales que sean, no pueden determinar movimientos de la magnitud que tuvo la conflagración del 91. Y es que las luchas políticas que afectan a un pueblo, no son sino expresión de situaciones más profundas; son generalmente la resultantes de los antagonismos sociales suscitados por la existencia de intereses económicos contrapuestos. Por consiguiente, si se quiere encontrar la explicación a un fenómeno histórico, no es suficiente con buscar sus antecedentes de carácter político o simplemente ideológicos; es preciso ahondar en los fenómenos económicos y sociales determinantes de estos antecedentes²⁷.

La cita anterior, aunque expresa conciencia del autor de no operar bajo aquella separación liberal de lo político y lo social, deja abierta la cuestión sobre si acaso considera que así como no es suficiente explicar un fenómeno histórico de relevancia política solo con antecedentes políticos, tampoco lo sea solo con

²⁵ Artaza, Pablo, “Del ‘marxismo clásico’ a la nueva historia social: debates y tensiones en una vertiente del revisionismo historiográfico chileno”, sin publicar, material de Seminario de grado: Movimientos sociales populares y construcción de representaciones políticas, Santiago, Universidad de Chile, 2013, p. 4.

²⁶ Ramírez N., Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, Siglo XIX*, Concepción, Ed. LAR, 1986, p. 13.

²⁷ Ramírez N., Hernán, *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*, Santiago, Ed. Austral, 1951, p. 217.

antecedentes económicos y sociales. Tal ambigüedad también quedó demostrada en el prefacio a la segunda edición de su *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, en el cual expresó que no era su propósito “reducir la génesis de la Independencia a términos o categorías puramente económicos ni, mucho menos, hacerla depender del anhelo de los criollos por obtener libertad de comercio”. Puesto que su perspectiva no se identificaba con la del “elemental economismo histórico, expresión pobre y deformada o esquema caricaturesco e insuficiente de esa rica corriente interpretativa del acontecer humano que es el materialismo histórico”²⁸. Su tesis consistió en que la crisis colonial de 1810 se produjo por “la existencia de fuertes e insuperables contradicciones de la estructura e intereses económicos de Chile con la estructura y los intereses económicos de la metrópoli y el imperio español en su conjunto”. La conservación de la sociedad colonial para fines del siglo XVIII comenzó a limitar el desarrollo y la potencialidad económica de Chile, de modo que “independiente del pensamiento o de la voluntad de la gente, estaban dadas ciertas condiciones objetivas fundamentales que favorecían la emancipación que trabajaban en sentido disolvente de los vínculos de subordinación en que la sociedad chilena se hallaba respecto de la madre patria y que daban a la independencia el rango de una imperativa e insoslayable necesidad histórica”²⁹. La independencia sería “la culminación necesaria y natural del crecimiento experimentado por Chile a lo largo de un cuarto de milenio de coloniaje”³⁰. Por ello es que esta crítica hacia Ramírez no apunta a la reducción liberal sino a la mecanicista.

Tanto la reducción liberal como la subsunción mecanicista fueron reforzadas por otra limitación que se extendió a toda la historiografía marxista, y que aludía a las “deficiencias metodológicas en torno al trabajo con las fuentes resultando en limitaciones al rigor disciplinario”³¹. Dado el abandono o relegamiento del estudio de lo político, en el caso de la subsunción, se omitió gran cantidad de fuentes y antecedentes que eran necesarios para una más precisa problematización y explicación de ciertos procesos históricos como el movimiento obrero. Pese a esta gran limitación metodológica, uno de los grandes aportes de la historiografía marxista clásica fue, por un lado, dar categoría histórica al “rol jugado por un sector de los trabajadores” en lograr su articulación política en clave *clasista* y relativamente autónoma respecto de la política elitaria, y, por el otro, difundir la

²⁸ Ramírez N., Hernán, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, Santiago, Ed. Universitaria, 1967, p. 11.

²⁹ *Ibid.*, p. 12.

³⁰ *Ibid.*, p. 15.

³¹ Artaza, 2013, *op. cit.*, p. 4.

idea de que aquel “despertar de la conciencia” no surgió sino bajo determinadas condiciones materiales³². Sin embargo, esta articulación de la clase trabajadora se enfrentó al hecho histórico de que ese tal ‘despertar de la conciencia’ no fue posible registrar sin el permanente papel jugado por los partidos de izquierda de entonces. De modo que la reconstrucción del movimiento obrero chileno de manera inevitable terminó engarzada con una historia de aquel partido político de izquierda que, según se sostuviera, tenía mayor incidencia en el desenvolvimiento de aquel movimiento.

Como consecuencia de esa relación movimiento-partido se dio también una fuerte tendencia al “vanguardismo” que sobredimensionó el papel que jugaba el partido político –según fuera la militancia del historiador– en la articulación y conducción de la acción colectiva de los trabajadores³³. Esta limitación puede explicarse también por el grado de intensidad con que se aplicó en algunos casos la lógica mecanicista. Así lo entiende Julio Pinto cuando cree identificar un “mecanicismo desatado” en Ramírez, debido a lo cual este justificó la aplicación a la realidad histórica de una matriz analítica (la marxista-leninista) que cuando no tenía suficiente rendimiento efectivo, el problema lo hacía recaer en la posición equivocada o alienada de los sujetos. De modo que esta perspectiva sustentó aquella “lectura clásica del anarquismo como una especie de trampa pequeñoburguesa, que desvía la clase obrera de su verdadero camino que era la militancia en el PC [Partido Comunista]”³⁴. Del mismo modo, esta deformación también se constata en la revisión que Jobet hizo de la figura de Luis Emilio Recabarren con miras a alejarlo de la visión estalinista que acusaba tenía el Partido Comunista y acercarlo más a la perspectiva del Partido Socialista³⁵. En definitiva, se trataba de una “filosofía de la historia” que desde el tránsito desde la más primitiva de las rebeldías hasta el más vanguardista de los partidos, “hacía casi inevitable que el ordenamiento de los hechos siguiera una secuencia que se encaminaba hacia un desenlace conocido y necesario”³⁶, el cual se buscaba hacer coincidir con el rol preponderante al interior del movimiento popular de un partido en particular.

³² Ídem.

³³ Ídem.

³⁴ López D., Ana, “Entrevista a Julio Pinto Vallejos”, Santiago, Colaboraciones, Grupo de Historia Marxista, julio de 2009, p. 4.

³⁵ Véase, Jobet, Julio C., 1951, op. cit., pp. 159-160. También en Jobet, Julio C., Barría, Jorge y Vitale, Luis, *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Santiago, Quimantú, 1971, p. 59.

³⁶ Rojas, 2000, op. cit., p. 51.

Concepto de lo popular

Otra de las críticas más fuertes hacia esta historiografía recayó sobre su excesiva inclinación hacia un “obrerismo” que supuso una “exclusión o juicio negativo hacia otros actores”³⁷. Así ocurrió, por ejemplo, en los casos de Ramírez o Fernando Ortiz, quienes estimaron como menores aquellos movimientos sociales emprendidos como el de los artesanos durante el siglo XIX, por no calzar con los objetivos del movimiento obrero moderno³⁸. Se trataba del tránsito evolutivo, lineal e incluso teleológico desde un nivel inferior de conciencia hasta uno superior, el cual solo el movimiento obrero podía conseguir, pues “los restantes sectores sociales, el artesanado, los campesinos y los sectores medios, estaban en desconstitución o eran arrasados por los procesos de creciente concientización”³⁹. Según Artaza, se llegó a plantear “un verdadero modelo evolutivo, en el que la rebeldía parte como movilización y pasa a la organización para llegar a la politización e ideologización”⁴⁰. De ahí que historiadores como Marcelo Segall afirmaran que “el movimiento obrero juega un papel destacado, múltiple y decisivo”, pues “en él está basado el futuro de la sociedad humana integral: la liberación total del hombre”⁴¹. Este movimiento seguía, en base al mismo mecanicismo de Ramírez, una dinámica a través de la cual

su posición política crece proporcional al desarrollo de esa economía: contradictorio, confuso, incipiente en la etapa de formación. Consciente, definido y organizado en la época de la industrialización. Simple elemento de equilibrio cuando el sistema de trabajo era manufacturero. Partidista decidido, cuando el sistema de producción pasó a un grado superior de especialización técnica y de gran consumo para los mercados internacionales. Y esto, que vale para toda la historia del proletariado del mundo, vale también para el chileno⁴².

Sin embargo, debido a la realidad chilena y también internacional del movimiento obrero hacia mediados del siglo XX y su relación intrincada con la historia de los partidos políticos de izquierda, la historiografía criolla se vería forzada en diferentes intensidades a someter sus categorías y conceptos a ciertos grados

³⁷ Artaza, 2013, op. cit., p. 4.

³⁸ Véase Ortiz, Fernando, *El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes*, Madrid, Ed. Michay, 1985.

³⁹ Rojas, 2000, op. cit., p. 53.

⁴⁰ Artaza, 2013, op. cit., p. 3.

⁴¹ Segall, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, Santiago, Ed. del Pacífico, 1953, p. 26.

⁴² Ídem.

de flexibilidad, introduciendo matices al paradigma marxista, y reconociendo el ingreso formal de la categoría “popular clasista” en las ciencias sociales nacionales⁴³. En esta línea, Julio Jobet al final de una de sus obras concluyó:

Y los marxistas, para actuar correctamente, deben servirse de la tradición sociológica en su conjunto, dentro de la cual el estudio de Marx es un aspecto muy importante, pero sólo uno. En caso contrario, estiran y tuercen las ideas de Marx para hacerlas coincidir con los nuevos hechos, aunque éstos contradigan las afirmaciones del maestro⁴⁴.

Efectivamente, esta prevención historicista de Jobet daba luces de las deficiencias con las que los historiadores de esta tradición practicaban la reconstrucción histórica de ciertos períodos para los cuales su comprensión de algunos conceptos marxistas tenía poco o nulo rendimiento. Estos periodos grises correspondieron, por ejemplo, a la historia de los sectores populares antes de 1890, para cuando el proceso de proletarización aún no era ni evidente ni masivo, o bien, hacia mediados del siglo XX, donde la autonomía proletaria del movimiento obrero fue solo relativa, debido a lo cual se tuvo que incorporar actores no obreros, y ampliar, en consecuencia, el concepto de ‘obrero’ a actores no proletarizados e incluso “pequeño-burgueses”, o bien, mudar o intercambiar el concepto de “obrero” por el de “popular”.

Cada autor a su modo requirió de acomodados conceptuales. Según una distinción de Marcelo Segall los autores “se dividen por sus orientaciones metodológicas, concepción histórica y profundidad investigativa en dos corrientes centrales: la mecánica o estática y la dinámica o dialéctica”. Mientras los mecánicos separaban el hecho histórico de su contexto, los dialécticos en cambio asumían una visión del proceso total, por lo cual podían afirmar que “la lucha de clases moderna tiene distintos niveles en su evolución, superando los cortes arbitrarios de índole cronológica”. En este sentido, “el historiador social cuando sigue la línea tendencial estática o mecánica compromete la objetividad, desorientando a sus lectores no especialistas”⁴⁵. Esta distinción en su caso le permitió adentrarse en el estudio del estado de la lucha de clases a comienzos del periodo republicano en Chile. Así, desde una visión ‘dinámica y dialéctica’, la lucha de clases –afirmaba– tenía lugar desde comienzos del

⁴³ Garcés, Mario, “Historia social y saber popular: el movimiento social de pobladores”, Revista *Alamedas* N°1, Santiago, abril-junio, 1997, p. 20.

⁴⁴ Jobet, 1971, op. cit., pp. 210-211.

⁴⁵ Segall, Marcelo, “Lucha de clases en las primeras décadas de la República de Chile, 1810-1846”, *Anales de la Universidad de Chile* N° 125, Santiago, Ed. Nacimiento, 1962, p. 20.

siglo XIX, pero en base a la movilización de “la masa popular”, el “pueblo” o “el roto”, que “no era un proletariado moderno, consciente, colocado en su papel actual de renovador de la sociedad en su conjunto”⁴⁶, sino que era “o el servidor de los medios acomodados o su proveedor artesano. En el primer caso, dependiente, mediero o asalariado. En el segundo, libre en la misma medida en que era dueño de sus herramientas y estaba organizado”⁴⁷. La masa popular, en definitiva, estaba compuesta

[...] de hombres libres –sin el pongaje y la esclavitud típica del resto de los países latinoamericanos–; iba desde el inquilino y el jornalero agrícola hasta el artesano; desde el cargador hasta el fletero; desde el vendedor callejero hasta el tipógrafo. Los más importantes desde el punto de vista social-político eran los artesanos: albañiles, pintores, carpinteros, ebanistas, herreros, plateros, bronceros, pedreros, cordeleros, zapateros, sombrereros, sastres, talabarteros, etc. Sin olvidar que la vanguardia es el obrero de imprenta⁴⁸.

Pese a la disponibilidad para entonces de ciertas investigaciones sobre las primeras décadas de la República, este autor consideraba que todas eran aún muy limitadas, pues “no hay una visión de conjunto que entregue el papel como clase de los trabajadores, en la política activa”, como tampoco “hay un examen de su actuación decisiva en la correlación de fuerzas militantes”. En definitiva, “el papel social y político de la masa popular no ha sido descrito”⁴⁹, afirmaba.

Tanto este historiador como el resto de los de esta tradición usaron ahí donde la ‘caja de herramientas’ les era insuficiente, el concepto de *pueblo* como concepto auxiliar. Su utilidad no es casual, pues su amplitud, la cual permite que sea políticamente usado por cualquiera, responde a que se trata de un concepto político por excelencia. Su propiedad vacua supone que no sea solo una palabra, sino que un concepto, y profundamente *polémico*, pues es permanentemente objeto de disputa política y de apropiación histórica. Por ello el uso dado a este concepto presupone haber dado ya respuesta a la pregunta: ¿Quiénes son el pueblo? Los historiadores marxistas clásicos lo usaron, por un lado, para identificar o abarcar sociológicamente a un actor que no calzaba con “su objeto prioritario de estudio”, el proletariado industrial y minero, quienes “pasaron a constituir los grandes protagonistas de la historia de la salvación y redención de la humanidad”, debido a lo cual se omitió “a un grueso de la

⁴⁶ *Ibid.*, p. 5.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 31.

⁴⁸ *Ídem.*

⁴⁹ *Ibid.*, p. 8.

población trabajadora que no se incorporó, sino muy tardíamente, en este proceso de modernización capitalista⁵⁰. Y por el otro lado, lo usaron para renombrar políticamente el movimiento como *popular* cuando su propiedad obrera no fue central.

Marcelo Segall, por ejemplo, en alusión a cierto conflicto a mediados del siglo XIX, sostuvo que existía una pugna entre los ‘sectores propietarios’ y los “elementos más oprimidos del pueblo”, dentro de los cuales estaban los artesanos y el proletariado minero⁵¹. Así también, se introdujo en disquisiciones notables como estas:

Nuestro pueblo es llamado “el roto”. Mas, esta calificación se presta a equívocos. Se puede ser roto y no “roto”. Precisemos. El “roto” saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí mismo y sólo eso. Y dueño de nada. En cambio, se puede ser roto y propietario [...] Estos aspectos, entre sociales y psicológicos, tienen una vigencia vital en política. “El Roto” es el proletario chileno, vale decir, el más típico obrero nuestro; el minero. [...] Sin ningún bien que defender, excepto sus brazos—su salario— es el espontáneo héroe de la lucha moderna de clases chilenas. El retrato sociológico del minero criollo es la versión nacional del proletario fabril, descrito por Marx. Es el hombre asalariado, sin herramientas propias, que aliena su energía física por un jornal; concentrado en faenas proveedoras de los mercados internacionales⁵².

El trabajo de este autor dio cuenta de una necesidad historiográfica que debió ser autosatisfecha, y que a ratos consistió en un intercambio de denuncias respecto a la identidad y coherencia teórica e ideológica de los otros historiadores. Así, en su obra más conocida, afirmó que “lo que hacen Jobet o Ramírez Necochea, no es marxismo, sino ‘sociología corriente’”. Esto, debido a que caracterizaban “las luchas sociales en Chile como el combate entre la oligarquía y el pueblo, sin definir sociológicamente qué es oligarquía y qué es pueblo”. Concluyó diciendo que lo que estos sostenían era “simple fraseología”⁵³.

Concepto clásico de movimiento popular

Como consecuencia de los ejercicios de acomodo y aclaración conceptual al interior del entramado categorial del marxismo disponible, surge, por tanto,

⁵⁰ Rojas, 2000, op. cit., p. 51.

⁵¹ Segall, 1962, op. cit., p. 9.

⁵² *Ibid.*, pp. 16-17.

⁵³ Segall 1953, op. cit., p. 36.

la cuestión del concepto de *movimiento popular*. Una formulación de este concepto se visibilizó claramente en Julio César Jobet, quien en un texto en alusión al Partido Socialista afirmó que estaba en su línea ideológica otorgarle idéntico valor social al

proletariado, reducido pero de gran peso por su concentración en los centros decisivos de la economía nacional (salitre, cobre, carbón, puertos, transportes e industrias); al **campesinado**, el sector más numeroso de la clase trabajadora del país; y a **las clases medias pauperizadas**, susceptibles de transformarse en una importante fuerza del movimiento revolucionario⁵⁴.

De modo que este se habría constituido en el tiempo en base a

una **agrupación de trabajadores manuales e intelectuales**, es decir, de obreros, campesinos, empleados, estudiantes, intelectuales, profesionales, pequeños industriales, artesanos y pequeños agricultores, en alianza, tras la aspiración de conquistar el poder para dar vida a una **República Democrática de Trabajadores**⁵⁵.

Esta última fórmula, “República Democrática de Trabajadores”, fue el resultado de la aplicación al contexto local de la concepción marxista. La ductibilidad conceptual visible en la historiografía marxista clásica más que un ejercicio meramente ‘teorista’ fue la respuesta a las circunstancias de lo político y lo social en que se desenvolvía durante los sesenta el *movimiento popular*. Para entonces este estaba encabezado en el Frente de Acción Popular, un conglomerado político creado en 1956 y conformado principalmente por el Partido Socialista y el Partido Comunista de Chile, y que en 1969 pasó a llamarse Unidad Popular, con el cual luego de tres intentos fallidos, Salvador Allende llegó finalmente a ocupar el cargo de Presidente de la República. En efecto, aquella fórmula de subsunción de lo obrero en *lo popular* consta en una lata entrevista realizada a Salvador Allende antes de la elección presidencial de 1964 frente a Eduardo Frei Montalva, que a continuación se cita en extenso una de sus intervenciones:

Pienso que el movimiento popular que represento es el más serio, el menos sectario, el más amplio y el más importante de toda nuestra historia política. Sepa que nuestro agrupamiento no es una cosa transitoria, formada con fines exclusivamente electorales. [...] Hace ya ocho años que hemos organizado el Frente de Acción Popular, organismo que constituye la columna vertebral política de nuestro movimiento.

⁵⁴ Jobet, septiembre de 1965, op. cit., p. 53. Negritas del texto original.

⁵⁵ Ídem. Negritas del texto original.

Junto a seis partidos, dos marxistas y cuatro no marxistas, hay miles de independientes que nos acompañan, formados en organizaciones tales como el Frente Cívico Militar, el Baluarte del Pueblo, el Instituto Popular, la Asociación de Economistas de Izquierda, los grupos católicos Allendistas, vastos sectores de evangélicos, protestantes, bautistas, sabatistas, etc.

Nosotros no hemos planteado nuestro programa desde un punto de vista vertical: vale decir desde arriba hacia abajo. ¡No!; el programa nació de la presencia de dirigentes sindicales, mutualistas, de juntas vecinales, de técnicos, de profesionales, de representantes de los partidos políticos; vale decir, de casi toda la gama de actividades de la nación. [...] Finalmente hemos dicho, y ésa es la posición revolucionaria del movimiento popular, que nuestro gobierno estará integrado por sectores de la clase media, los obreros y el campesinado y eso es lo que señala la posición de avanzada y revolucionaria, no para usar la violencia, sino lisa y llanamente porque implica reemplazar a una clase social minoritaria, por la inmensa mayoría del país⁵⁶.

La formulación del concepto de movimiento popular del entonces candidato presidencial contiene elementos que figuran también en la producción historiográfica de Julio C. Jobet. En tanto militantes del mismo partido, esto no es casual, sin embargo, lo relevante recae en la naturaleza de la influencia que existió entre el entramado categorial de la historiografía marxista clásica y la construcción ideológica del movimiento popular.

Gabriel Salazar, en una instancia de reflexión historiográfica sobre el legado de la historia marxista clásica⁵⁷, sostuvo que el grado de influencia que pudo haber tenido la historiografía marxista en el movimiento popular no habría sido relevante. Su impacto habría sido “escaso” dado que “no innovó respecto a lo planteado por los dirigentes de los partidos de la Izquierda Parlamentaria”⁵⁸. Aunque “*crítica*”, “*nacional*” y base de la posterior llamada “*educación popular*”⁵⁹, el “tinte ideológico [que] tiñeron de modo notorio muchas de sus páginas”, produjo que la militancia política de los 60 le diera mayor aceptación a los “ensayos históricos” de “los científicos sociales de filiación cepaliana (Aníbal Pinto, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, entre

⁵⁶ Allende, Salvador, “Imagen de un líder. Entrevistas al senador Salvador Allende en la televisión”, *Revista Arauco* N°55, Santiago, agosto de 1964, pp. 9-105.

⁵⁷ Esta instancia refiere al “Seminario sobre el estado actual de la historia de Chile” realizado en Santiago en 1985, cuyas actas de sesiones se compendian en Salazar, Gabriel, *La historia desde abajo y desde adentro*, Santiago, Departamento de Teoría de las Artes, Universidad de Chile, Santiago, 2003.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 52.

⁵⁹ *Ídem.*

otros)” que a los aportes de esta historiografía. La virtud de aquellos, a juicio de Salazar, radicó en que “sus bases metodológicas y teóricas parecían más formales, consistentes y *reflejaban mejor*, tanto la coyuntura del presente, como la disposición política de las nuevas generaciones”⁶⁰. En cambio, la producción historiográfica marxista clásica, que habría estado ceñida “a los postulados del marxismo internacional”⁶¹, a su juicio, se caracterizó por la “insuficiencia general de [su] base empírica de apoyo” y “una débil asimilación del método dialéctico y de la propuesta teórica más fina del marxismo”, dominando, por tanto, “el economicismo simple y la lucha de clases en su forma más cruda”⁶². En su estudio de los periodos entre 1810 y 1891 (lucha de clases en ciernes) y entre 1870 y 1960 (fase imperialista), se descuidaron otros aspectos como los del “Estado, del proceso de industrialización, del movimiento campesino, mapuche, de la mujer, de los grupos medios, entre otros”⁶³. Esta historiografía –argumentó el autor– tenía remotas posibilidades de ser restaurada y restablecida. Para entonces, la idea dominante era que tenían mayor relevancia metodológica “las prácticas dialécticas de investigación a fondo de los procesos reales” por sobre “las formas puramente teóricas y dogmáticas del marxismo”⁶⁴.

Sin embargo, si se considera que el propósito de la Unidad Popular de ascender al gobierno en 1970 fue exitoso –la trinchera política más relevante del movimiento popular–, no parece comprensible, considerando lo intrincado y agudizado que estaba lo político y lo social en aquella época, que los intereses de uno (partidos) y otro (movimiento) no fueran los mismos. Es decir, la misma razón que expone Salazar para basar su afirmación permite usarse para afirmar lo contrario, o sea, que el aporte de la historiografía fue efectivo y relevante. Aquellos elementos de esta formulación figuran ya en la obra más conocida de Jobet escrita en 1951, para cuando aún no se formaba el FRAP, donde, por ejemplo, se establece que el Partido Socialista “enfoca dialécticamente nuestra existencia nacional y se remonta al análisis de la realidad continental condenando los errores de los partidos adheridos a la II y III Internacionales”, y “comprueba que la realidad económico-social semifeudal de Chile es diversa a la de los países industrializados y afirma, entonces, la importancia de las clases medias, o pequeña burguesía, numerosa y empobrecida tanto como los obreros y campesinos”. Por lo que “se constituye en un movimiento revolucionario a

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 51-52.

⁶¹ *Ibid.*, p. 50.

⁶² *Ibid.*, p. 51.

⁶³ *Ídem.*

⁶⁴ *Ibid.*, p. 52.

base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, proletariado y pequeña burguesía, para lograr la implantación de un gobierno de trabajadores organizados”⁶⁵. Esta perspectiva, que enfatizó la amplitud y heterogeneidad de los sectores populares que conformaban el movimiento popular, se conservó durante las décadas del 50 y 60, “época caracterizada por la constitución de una estrategia política que comenzaba a dar sus primeros pasos en la arena electoral y la lucha social”⁶⁶, y llegó, en efecto, a ser parte de la estrategia política electoral expuesta en el *Programa de Gobierno de la Unidad Popular* en 1970:

Unidad amplia, cohesionada y vinculada a la lucha

La unidad forjada es amplia y a la vez cohesionada. En ella participan hombres y mujeres de diversas filosofías o creencias: marxistas, laicos, cristianos, independientes, etcétera. Está vinculada a la lucha del pueblo, de los estudiantes, de los sectores medios, y expresa los intereses de todas las fuerzas sociales ajenas al poder de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros. Integrada por las fuerzas políticas de izquierda y abierta a todos los que están por cambios verdaderos, basa su acción en un programa claro sin ambigüedades, elaborado en común, y en un trabajo coordinado y de equipo, respaldado por la firme voluntad de superar las diferencias y todo aquello que divida o parcialice, excluyendo toda forma de hegemonías partidistas⁶⁷.

Paralelo a este ejercicio de subsunción conceptual, se llevó a cabo en otros autores un proceso de ampliación del concepto de lo obrero, lo cual se evidenció, por ejemplo, en la confección de la historia del movimiento obrero en Chile de Jorge Barría. En esta reconstrucción histórica, el autor quiso considerar para su estudio a “la clase trabajadora organizada”, pero no solo abarcó a “los sectores urbanos de los obreros industriales, sino a todos aquellos que obtienen sus medios de subsistencia mediante el pago de salarios, sueldos o remuneraciones por el empleo de su fuerza de trabajo, y que no son poseedores de los instrumentos de producción y cambio”. En este sentido, abarcó “desde los profesionales libres, los empleados, los obreros, hasta los campesinos asalariados, ya que todos ellos experimentan en mayor o menor grado la inseguridad económica inherente al régimen capitalista y el carácter deprimente para el ser humano de la sociedad burguesa”. Esta ampliación fue necesaria en tanto “la clase trabajadora es, en

⁶⁵ Jobet, 1951, op. cit., p. 188.

⁶⁶ Rojas, 2000, op. cit., p. 51.

⁶⁷ *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular*, Candidatura presidencial de Salvador Allende, Santiago de Chile, 17 de diciembre de 1969, p. 36. Negritas en original.

todos los países, la mayoría nacional”⁶⁸, de modo que si solo abarcaba al clásico obrero industrial o minero, en el caso chileno se hubiese encontrado con que el movimiento obrero, el actor productivo estratégico por antonomasia, para comienzos de los setenta no era efectivamente mayoritario. Sin embargo, sostuvo que ocupó el término “movimiento obrero” pues “singulariza una realidad social evidente” y es “un concepto aceptado en el vocabulario de las ciencias sociales para especificar la fuerza dinámica de los trabajadores organizados”. El concepto involucra la “célebre trilogía orgánica de los trabajadores”, a decir, los sindicatos, cooperativas y los partidos políticos, todas organizaciones creadas para defender al trabajador en tanto “productor, consumidor y ciudadano”. Finalmente, sostuvo que dado que “la clase obrera es la que experimenta con mayor intensidad la explotación de la sociedad capitalista”, es por eso que esta era “objetivamente, el núcleo central del movimiento de los trabajadores”, sin perjuicio de que para entonces en Chile, a las tendencias organizativas indicadas, “se agregan los organismos de los pobladores, una nueva realidad”⁶⁹. Esta ‘nueva realidad’ venía desarrollándose desde fines de los cincuenta (con el levantamiento de la población La Victoria en 1957), y constituyó más tarde el punto de partida de parte de la historiografía posgolpe que, criticando la centralidad ‘proletaria’ de la historiografía marxista clásica, terminó a ratos por reducir lo popular a la realidad poblacional.

Ramírez Necochea, por su parte, en casi toda su obra insistió en usar el concepto de movimiento obrero, pese a que para entonces pareció tener más rendimiento político e historiográfico el de movimiento popular, incluso para su partido. Ahí cuando planteó una definición de movimiento popular, no siempre logró diferenciarla con claridad de la del movimiento obrero. Así se evidencia al sostener que el movimiento popular,

en razón de su propia naturaleza y de sus orientaciones genuinamente revolucionarias, se esfuerza por encarar y resolver los grandes problemas que afectan a la nación, removiendo en su raíz las causas que los engendran. [...] Dicho en otras palabras, las fuerzas más avanzadas, aquellas a las cuales corresponde asumir la responsabilidad de remodelar integralmente la sociedad chilena y en cuyas manos se encuentra el futuro de la nación, necesaria y

⁶⁸ Barriá, Jorge, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, Santiago, Ed. UTE, 1971, p. 7.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 11-12.

obligatoriamente llegaron a ser los exponentes máximos y los más decididos defensores del interés nacional frente al imperialismo⁷⁰.

Entre aquellas “fuerzas más avanzadas” correspondía al Partido Comunista de Chile asumir el rol central en torno a la fuerza de la clase obrera. En el caso de Ramírez, y en el discurso general de su partido, no se tendió a llevar a cabo, por ejemplo, el ejercicio de ampliación conceptual que practicó Jorge Barría. En la perspectiva comunista, el movimiento popular solo era tácticamente funcional, en tanto reforzaba el objetivo estratégico de la clase obrera, la vanguardia del movimiento popular. Así lo confirmó la intervención de uno de sus dirigentes durante el XIII Congreso Nacional en 1965:

En nuestra posición no nos guía el temor al golpe de Estado ni a la intervención abierta del imperialismo yanqui y no vemos tampoco peligro de que la burguesía se apodere de la dirección del movimiento popular. Si mantenemos la unidad del FRAP, la unidad comunista-socialista, si fortalecemos las posiciones de la clase obrera, la dirección del movimiento popular estará firmemente en nuestras manos. De lo que se trata es justamente de atraer más fuerzas en torno al proletariado, de arrebatarle a la burguesía importantes sectores que hoy están bajo su influencia y ponerlos bajo la influencia de la clase obrera⁷¹.

Sin embargo, luego esta posición se fue flexibilizando y se acercó a la tesis ampliada de Allende, y, por tanto, de Jobet y Barría. Así figuró en el informe de su Secretario General en 1969, Luis Corvalán, que a continuación se cita en extenso:

Otros partidos y corrientes dan también su aporte al movimiento obrero y popular. Pero es de toda evidencia que, por ejemplo –y para citar dos cuestiones esenciales–, el fortalecimiento y ampliación de la unidad sindical en las filas de la CUT y la Unidad Popular en marcha, son principalmente frutos de nuestra política y de nuestro esfuerzo. [...] Los comunistas vemos en este fenómeno un hecho positivo y por tanto tenemos frente a él una disposición abierta. Más aún, estimamos que abren nuevas perspectivas a la clase obrera para forjar en torno suyo una vasta alianza antiimperialista capaz de conducir a la victoria la revolución chilena. [...] De otra parte, en un plano ultraizquierdista, operan grupos y grupúsculos anticomunistas que reciben el aliento de los enemigos de

⁷⁰ Citado por Pinto V., Julio. En Ramírez N., Hernán, *Obras escogidas* Vol. I, LOM, Santiago, 2007, p. 15.

⁷¹ Cantero, Manuel, “Unidad Socialista Comunista, cimiento del movimiento popular”, *Documentos del XIII Congreso Nacional del PCCh*. Folleto n°2, Santiago, 10-17 de 1965, pp. 43-44.

clase del proletariado. Estos grupos actúan al margen de las masas y recurren al terrorismo, método que favorece los propósitos de los reaccionarios y que por esto ha sido condenado desde hace muchos años por el movimiento obrero revolucionado. En ellos encuentra eco las ideas reaccionarias de Marcuse y de otros ideólogos que proclaman la caducidad del marxismo y niegan la misión revolucionaria de clase obrera, la declaran incorporada al “status”, presentan al campesinado y a la juventud como la principal fuerza motriz de la revolución, tratan de contraponer los campesinos a los obreros, los jóvenes al proletariado, intentan reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones. [...] Como lo señaló nuestro partido en su manifiesto al pueblo, de diciembre de 1968: “Chile necesita un gobierno popular antiimperialista y antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por todos los partidos y corrientes que coincidan en un programa de transformaciones revolucionarias. En él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, no sólo a través de los partidos que los interpretan, sino también mediante representantes de sus organizaciones de masas en las instituciones y escalones correspondientes de la Administración del Estado. [...] El proletariado –por ser la clase más organizada, por su conciencia política y nivel de combatividad, por el lugar que ocupa en la producción social, porque no tiene nada que perder sino sus cadenas y sí un mundo que ganar, porque su causa se confunde con la causa general del pueblo y de la nación– es la única fuerza social que puede garantizar las mejores soluciones frente a las dificultades que han de surgir y, por tanto, puede asegurar la marcha victoriosa del proceso revolucionario. Desempeñará tal rol a condición, por cierto, de que en todo momento esté presente con sus luchas, desarrolle todavía más su organización, extienda y consolide sus vínculos con los campesinos y las capas populares no proletarias de la ciudad, eleve aún más su conciencia de clase, cierre filas en torno al Partido Comunista y ésta mantenga y propague con firmeza la ideología del marxismo-leninismo. [...] Respecto de las distintas fuerzas que hay en el movimiento popular, estamos por su entendimiento y su colaboración sin ningún límite en el tiempo. De consiguiente, no tenemos segundas intenciones en el trato con ellas⁷².

En definitiva, es especialmente en la producción de Hernán Ramírez donde se suelen alojar la mayoría de las críticas que la historiografía posgolpe ha dirigido hacia la historiografía marxista clásica. En este autor existió efectivamente una producción intelectual marcada por una tendencia hacia el obrerismo exacerbado, hacia un mecanicismo categorial y hacia un vanguardismo depositado en el Partido Comunista como conductor de la política obrera. Esto permite dejar en

⁷² Corvalán, Luis, “Unidad Popular para conquistar el poder”, *Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista*, Santiago, 23 de noviembre de 1969, pp. 3-22.

evidencia la existencia de enfrentamientos y tensiones al interior de la tradición, lo cual da pie para poder evitar oscurecer con críticas generales, con las que se tiene amplio acuerdo, ciertos elementos que pueden ser rescatados en los autores y que, pudiendo constituir la base para una renovación historiográfica, sirvan para superar las limitaciones y deformaciones teóricas e ideológicas de esta tradición pero sin negarla mediante una crítica ahistórica. Se trata, por tanto, de cuestionar y disputar el contenido de aquello ‘clásico’ que tiene esta corriente historiográfica. Creemos que lo ‘clásico’ no se reduce a las deformaciones mecanicistas por cierto presentes en esta corriente. Incluye también esos elementos rescatados acá del marxismo presente por ejemplo en Jobet y en Barría, que creemos son actualizables e integrables en los análisis sobre lo político y lo social disponibles hoy en la historiografía chilena.

Consideraciones finales

La historiografía marxista clásica pese “a su disparidad generacional y gran cantidad de tensiones y disputas internas”, logró –sostiene Pablo Artaza– “articular un denominador común en torno al protagonismo histórico de un actor social hasta entonces ampliamente excluido de la historiografía: los trabajadores, y la construcción –a partir de este mismo actor– de un proyecto político nacional: la construcción del socialismo”⁷³. Este proyecto político nacional en clave socialista, llevado a cabo a través del *movimiento popular*, fue la expresión de aquel elemento mínimo que el marxismo ofrecía y que decía relación con una voluntad transformadora para la cual se necesitó una teoría y una praxis que esta historiografía buscó dar en el ámbito de sus posibilidades. Su fundamento radicó, como se ha dicho, en la perspectiva marxista de concebir la relación inescapable entre lo político y lo social, y oponerse así a la lectura liberal que buscó aislar estos términos y, por sobre todo, neutralizar lo político, a través de la proscripción ideológica de la posibilidad de asociación intraclase y disociación del *Pueblo* con la clase dominante. No obstante, estas categorías o no siempre fueron entre sí equivalentes (por subsunción conceptual), o no tuvieron un significado unívoco o un contenido histórico preciso (por reducción y ampliación conceptual).

Pero en general, en cuanto a *lo social*, esta historiografía estableció que en el contexto nacional lo que existía era lisa y llanamente un grado de desigualdad acentuado bajo la forma de *dominación* estructural, configurada en forma

⁷³ Artaza, 2013, op. cit., p. 1.

exclusiva por las relaciones de *explotación* típicas de sociedades capitalistas. Esta idea, no obstante, tendió a expresarse deforme, al asumir mecánicamente que la clase sujeta al mayor grado de explotación, o sea, el proletariado, era por eso, en definitiva, la vanguardia del pueblo. Respecto a *lo político*, hubo una fuerte adecuación entre discurso y acción. Esto en tanto estuvo marcado por la tendencia a considerar que tanto en la teoría como en la praxis entre las clases populares se debía establecer un alto grado de asociación, y al mismo tiempo un radical grado de *antagonismo* hacia las clases dominantes, al punto de reconocerlos como *enemigos* de clase. Así Jobet lo afirmó al explicar la especificidad de la política marxista:

Esta lucha entre las dos clases antagónicas, en el régimen capitalista, como toda contienda entre elementos inconciliables, ha de terminar con la derrota de uno de los antagonistas, por una violenta revolución⁷⁴.

Se trató, por tanto, de una historiografía que buscó representar, en la medida de sus posibilidades, la realidad histórica del contexto nacional, para lo cual el análisis de clase marxista fue fundamental (y a veces único), con el objetivo final de poder ‘dar forma’ a esa realidad. Esta imagen más que una figura retórica, representa la magnitud política que para esta concepción tenía el hecho de comprender la realidad mediante una perspectiva marxista. La manera de darle *uso* a ciertos conceptos siempre nos enfrenta a la posibilidad de que estos remuevan el velo que oculta la violencia sobre la cual descansan otros conceptos que la omiten. Tales omisiones estaban presentes en la concepción liberal de lo social y lo político, que los historiadores marxistas buscaron superar a través de una matriz conceptual alternativa, la marxista, y que comprendía que la relación dialéctica de lo político y lo social era inescapable. Se evitaba así reducir lo político al espacio estatal, y lo social a una abstracta “sociedad” no atravesada por la lucha de clases. Ahora, en cambio, se comprendió, por un lado, que lo social hacía referencia al *grado de desigualdad* bajo la forma de dominación estructural, lo cual configuraba la existencia de una relación conflictiva entre una clase dominada y otra dominante, y, por el otro, lo político refería al *grado de asociación* entre las clases populares y *disociación* respecto a la clase dominante, todo lo cual desenvuelto tanto dentro como fuera del Estado. Pues, precisamente lo que estaba en disputa era la forma histórica –socialista o capitalista, popular o liberal– que adquiriría lo político y lo social en el país⁷⁵.

⁷⁴ Jobet, 1971, op. cit., p. 136.

⁷⁵ Sobre esta formulación de la concepción de la tradición marxista de lo político y lo social, véase, Díaz, 2013, op. cit.

Sobre esta base, entre finales de 1940 y comienzos de 1970 esta historiografía contó, pese a lo afirmado por Gabriel Salazar, no solo con “una amplia difusión (académica y social)” sino también con un importante “protagonismo (estudiantil, social y político)”⁷⁶. Su trabajo historiográfico desde el marxismo, y pese a todas sus deficiencias generales y diferencias internas, supuso un aporte en la generación de recursos y elementos de análisis para disputar tanto lo político, lo cual se dio de manera política-partidaria a través del espacio de militancia de los historiadores, como lo cultural-ideológico, en el espacio académico, universitario y pedagógico. En estos espacios se ocuparon eminentemente de la confección de la historia no solo de las organizaciones y partidos populares, sino también de la evolución histórica de lo social, constatando los grados de dominación y explotación durante parte del siglo XIX y comienzos del XX. Este aporte fue el que acompañó y contribuyó a la construcción de aquel *movimiento popular* que, naciendo hacia fines de los cincuenta, halló su fin *violento* el 11 de septiembre de 1973.

⁷⁶ Artaza, 2013, op. cit., p. 1.